

LAS HUMILLACIONES DE JESÚS EN BELÉN

Diciembre 12-1886

Mis queridas hijas:

En estos días que meditamos y meditamos con razón, las humillaciones de Nuestro Señor Jesucristo, que siendo Dios y el Rey de la eternidad, le vemos tan abatido, humillado, anonadado por nuestro amor, mientras que nosotros, ¡pobres seres de un día! tenemos ¡tanta pena! de ser humillados, de que nos tengan por nada.

Hoy quisiera recomendaros para la meditación una cosa importante: Cuando estéis a los pies de Nuestro Señor, preguntaos: "Quién es el que está allí y por quién está tan humillado." Seguro que responderéis: "Es por mí." Cada una está en su derecho de pensar que los Misterios de la fe y de la vida de Nuestro Señor, se han realizado para ella sola; Nuestro Señor hace por nuestra alma, en particular, lo mismo que hace por todas en general. Es un amor eterno y por vosotras, que veía en el futuro, se hizo hombre; por vosotras se ocultó en las entrañas de la Virgen María; por vosotras también nació en un establo. Comprenderéis el agradecimiento tan grande que debéis tener, considerando estas cosas que se realizaron en particular para cada una de vosotras.

¿Quién es, hermanas mías, el que descendió sobre un poco de paja y cómo canta la Iglesia, no tuvo horror de las entrañas de una Virgen para hacerse hombre? Fijaos bien, es la segunda persona de la Santísima Trinidad; es el Hijo único de Dios, por quien todo fue hecho; el que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos y que, siendo la sabiduría infinita, la infinita perfección, el soberano Ser, quiso, sin embargo, anonadarse y hacerse niño.

Cuando descendió a la tierra ¿hubiera sido demasiado recibirle en alguna basílica como San Pedro, la catedral de Reims, Nuestra Señora de París, o cualquier otra basílica que imaginemos más hermosa, más grandiosa? Ciertamente que no, pues más tarde le construyeron esos magníficos templos, como correspondía al Rey de los siglos.

Si a Jesús, al descender del cielo, le hubiesen recibido en San Pedro de Roma. Si los hombres, enterados del acontecimiento, le hubiesen aclamado, en un recibimiento apoteósico, aun así, hubiese sido una nonada para la magnificencia de todo un Dios, pero al fin hubiese habido alguna consideración y no disponiendo los hombres de grandes medios, se hubiera dicho "Hacen cuanto pueden". Pero no fue así: nace en un lugar completamente abandonado; sobre un poco de paja, en un establo, en el sitio que ocupan los animales; allí fue recibido Jesucristo. Eso es todo cuanto la tierra supo ofrecerle. Él lo quiso y lo aceptó y ocurrieron así las cosas por un designio de su infinita sabiduría: fue Él quien quiso descender a tan extremo anonadamiento.

Hermanas mías, debemos sacar de esto varias conclusiones. ¿Quién es esta Sabiduría infinita, que prefiere el más grande abatimiento, la mayor miseria, la más completa humillación y quiere ser el más despreciado de todas las criaturas? Es la Sabiduría de nuestro Esposo, es la Sabiduría de nuestro Dios. Y esta Sabiduría ¿por qué tiene tan pequeña parte en nosotros? Cuando soñamos es raro, muy raro, que nuestros deseos nos lleven hacia esas humillaciones, a esos desprecios de

nuestro Dios.

Se cuenta del Abad Boudon, que, estando enfermo, se entretenía pensando lo muy alegre que estaría si le echaran de la casa y, en la calle, encontrara un estercolero para procurar instalarse; y que un policía le echaba también de allí, lo mismo que en casa, so pretexto de alterar el orden público. Era una cosa muy santa, pero a decir verdad, muy poco corriente.

¿Cuántos hay que antes de terminar su vida desean ser rechazados, desechados por todas las criaturas, en un desamparo completo, en una miseria absoluta, estar, en fin, como estuvo Nuestro Señor al nacer?, porque "no *había sitio para El en la hostería*". No hubo en todas las casas de Belén un sitio para El, ni para esta maravilla de gracia: la Santísima Virgen, ni para el Protector de la Sagrada Familia, San José, que fue honrado con la misión más grande de la tierra, porque pasó por el Padre de Jesucristo.

Nadie los quería, y decían: "¿quiénes son estas gentes? ¿Por qué hemos de recibirlos? Váyanse ustedes". Los desampararon, los despreciaron por completo, y no teniendo un lugar para recogerse, encontraron la entrada de una cueva donde poder resguardarse: aún se ven estas cuevas en Palestina, en las inmediaciones de las ciudades. El abrigo sirve para las personas, y la cavidad de la cueva en la roca, es el sitio donde se cobijan los ganados.

Pero, la Santísima Virgen, que deseaba orar en la soledad, no se quedó en la entrada de la gruta: se retiró a la cueva, donde estaban los animales y fue allí donde trajo al mundo a Nuestro Señor. Entre un asno y un buey, y acaso otros animales, puso Ella al Hijo de Dios, colocándole sobre un poco de paja, envuelto en pobres pañales. La pobreza y el abandono más extremo, tuvo que sufrir allí. Verdad es que allí también cantaron los ángeles: "*Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad.*" Pero, dio gloria a su Padre y trajo la paz a las almas de buena voluntad, por el sacrificio continuo que Nuestro Señor hacía de sí mismo.

Es conveniente, hermanas mías, imaginar estas cosas; es bueno pensar que Nuestro Señor hizo todo esto por nosotras. Y suponiendo que estuviésemos alegres de ser menospreciadas, desamparadas, expulsadas de casa (aunque esto no es corriente) por lo menos desear que nos traten en la casa como poca cosa; es necesario preguntarse: ¿Qué proporción hay entre Dios y yo? Y si Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, a quien se debe todo honor y toda gloria, quiso por mi amor ser menospreciado y rechazado de los hombres a quienes venía a salvar ¿qué no debo aceptar yo, pecadora de mí, cuando se trata de abandonos, humillaciones y desprecios? ¿No debería, hasta desear cambiarme por Vos, Maestro y Rey mío, para sufrir en vuestro lugar esta dependencia, tan dura a la humana naturaleza?

En esta perfecta dependencia quiso estar Jesucristo por nosotros: ¡Hacían de El cuanto querían! Y eso mismo seguís viendo todos los días en la Santa Misa. Mirad a Nuestro Señor en la Hostia santa y veréis que vive también en completa dependencia. El sacerdote coge la Hostia y la deja, se la da a quien quiere y se la rehúsa a quien le place: es la misma dependencia del niño entre pañales.

Pues bien, Esposo mío, ese debería ser mi sitio: porque abusé de todo, no debería hacer uso de nada. Al nacer ya estaba condenada. ¡Qué justo sería que ocupara yo vuestro lugar en la dependencia, en la pobreza, en ser despreciada y rechazada de todas las criaturas! ¡Ese era mi sitio, si hubiera justicia en la tierra! Por mí, pecadora, descendió Nuestro Señor de su divina gloria; por mí ha llorado y sufrido; debería costarme mucho menos el pensar que todo esto me sucede a mí, que el

pensar que esto le ha ocurrido a mi Señor: siempre debería anteponerle a mí, porque le adoro y le amo.

Decís en el acto de caridad: "Dios mío, os amo sobre todas las cosas y mucho más que a mí mismo." Lo dicen todos los cristianos, pero a veces, en la práctica, parece difícil amar a Dios mucho más que a sí mismo; deseando siempre para El todos los honores, todas las glorias, todos los bienes y, en cambio, estar dispuesta a aceptar para sí todo cuanto hemos merecido como pecadoras y que Nuestro Señor quiso soportar por nosotras. Porque desde que nació hasta su muerte siempre llevó todo con paciencia, siempre sufrió; fue siempre contradicho; siempre sujeto; siempre obediente; oró siempre, se ofreció y fue siempre víctima de propiciación; víctima escogida, para colocarse siempre entre su Padre y la tierra culpable.

Ya veis, hermanas mías, que entro en los detalles de la meditación. Es porque algunas veces, se oye decir: "¿qué se hace en la meditación?" Pues bien, siempre es necesario preguntarse: "*¿quién es El y quién soy yo? El me ama de tal manera, que a costa suya hizo todo esto por mí: ¿qué debo hacer yo por El?*" Estas meditaciones son muy prácticas, y dan consuelo, más o menos grande, en la medida que nuestro corazón sienta, lo mucho que Nuestro Señor padeció por nosotros; disponen, además, para aceptar y hasta desear en este mundo un sitio humilde y escondido; un puesto de sacrificio, de pobreza, de obediencia, que nos coloque en el último lugar: porque no puede entenderse esta locura nuestra, que tiene la pretensión de ser algo, cuando en realidad, somos seres de un día. Esta pretensión se tiene desde la infancia; lo mismo y casi más grande que en la vejez, en la juventud. Se quiere ser algo importante: como esa jovencita que se creía "*A deal of people*", persona de mucha importancia. Pocos se resignan a pasar desapercibidos, a ser insignificantes. Y, sin embargo, a esto hay que llegar: "*Ama nesciri et pro nihilo reputari*", dice la Imitación. El religioso que esto practica, será pronto un perfecto religioso.

Sainte Marie-Eugénie de Jesús

«NAVIDAD, MISTERIO DE AMOR» CORRESPONDER A EL CON UNA CONFIANZA SIN LIMITES EN NUESTRO SEÑOR

Nochebuena, 24 de diciembre 1877

Mis queridas hijas:

No? aproximamos a este feliz momento en que por primera vez se hizo visible en este mundo Nuestro Señor Jesucristo. En esta hora, la Santísima Virgen, en el rincón más humilde y escondido de la gruta de Belén, se recogía para orar, esperando al Salvador, tan deseado de los profetas y de los patriarcas, tan deseado por su propio corazón, ansioso de ver al Hijo de Dios sobre la tierra.

Cuando ahora asistamos a los santos misterios, cuando nos acerquemos a la santa Comunión, el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Todopoderoso. Eterno, Juez de vivos y muertos, el principio de toda creación, descenderá del cielo y le contemplaremos, como un niño pequeño, acostado en un pesebre, sumiso a una Virgen pobre, oculta, lleno de ternura hacia todos los hombres. Así amó Dios al mundo. *"Sic Deus dilexit mundum."*

Es lo único que puede decirse ante tan portentoso misterio. Y como para vosotras hablo, quisiera decirlo a cada una: "Así, hermana mía, te amó Dios. Por tí bajó del cielo; por ti se hizo pequeño, pobre; por ti tomó la forma amable de un niño, que tiende sus brazos hacia ti para pedirte que vayas a El, con pobreza, con fidelidad, con inocencia y con perseverancia. Os pide, sobre todo, una cosa con preferencia a las demás: que nunca dudéis del amor de su corazón, que tengáis en El una confianza sin límites, no desconfiando de El jamás." Después, renovaréis vuestros votos. ¿Qué es lo que hacéis cuando renováis vuestros votos las Profesas? ¿Qué prometéis, vosotras, las novicias, cuando os acercáis a Jesús para ofrecerle vuestros santos deseos? Pedís pertenecerle por completo; queréis hacerle el sacrificio de vosotras mismas, y si ya estuviere hecho, queréis hacerle aún más profundo, más perfecto, que sea más perseverante. No olvidéis que si vosotras no dejáis a Jesucristo, no será El quien os abandone; El, que os ha traído, os ha buscado, desde el pobre lugar de Belén donde se entregó por vosotras, lo mismo que por el mundo entero.

Hay otra clase de nacimiento, de que habla la Iglesia: es el nacimiento de los Santos. Llama *"Natalitia sanctorum"* a ese momento en que, habiendo triunfado de las dificultades de este mundo, las almas santas y agradables a Dios, dejan la tierra para ir a la eternidad. Recorro a las que vivieron más tiempo con nosotras para recordar; ¡cuántos hemos visto de estos *"Natalitia sanctorum"*! Siempre que una de nuestras hermanas ha llegado a los umbrales de la eternidad, ¿no la hemos visto transformada?

No puedo abstenerme de relacionar este recuerdo con el Nacimiento de Nuestro Señor, sobre todo, en este momento en que tenemos en una de nuestras casas, una hermana que ya parece dispuesta a nacer para el cielo, poco después de darse Nuestro Señor a ella y a nosotras sobre la tierra. También ella parece transformada. Tenía defectos, como tenemos todas. Tenía debilidades, pero Nuestro Señor, que la amó tanto, ha sabido en esta última enfermedad completar sus virtudes, transformar sus imperfecciones. Todas las que se acercan a ella, sólo encuentran, como corresponde a una esposa de Jesucristo, un alma amante y fiel preparada para gozar de Dios.

Esto vimos siempre en todas cuantas nos dejaron. Si vosotras no dudáis nunca de Nuestro Señor, si le sois fieles y le amáis con perseverancia, estad ciertas que aquél que os ama con tanta ternura, no os negará ninguna gracia. Preparará vuestra santificación, vendrá de una manera o de otra, bajo la forma de una prueba, de una oscuridad, o con dificultades en la oración; pero El irá siempre continuando su trabajo, pidiendo más ardientemente vuestro corazón, pidiendo vuestra confianza:

más íntimamente de su parte y con más fidelidad de la vuestra y terminará en vosotras su obra, en el momento de vuestro nacimiento para la eternidad. Cuando se sabe esto y lo mucho que Dios nos amó y cuanto hizo Nuestro Señor por nosotros, ¡qué fácil es darse a El para siempre sacrificándose todo!, y cómo debe el alma tener siempre un fervoroso vuelo, que la lleve hacia Jesucristo en el pesebre, o en el Sacramento, en medio del trabajo ordinario, que llena vuestra vida.

Hemos hablado últimamente de la contemplación; pues una de las gracias más apreciadas de la contemplación, es la que los santos llamaban el vuelo del alma: es decir, que aun viviendo en este mundo y quedándose en la tierra, parece que el alma, separándose del cuerpo, toma rápidamente el vuelo hacia Dios. Las almas que tuvieron ese vuelo, tienen un sentimiento práctico, de que Dios es todo, que sólo Dios es su fin y no saben vivir en cosa alguna fuera de El.

Si los santos experimentaron este sentimiento por una gracia extraordinaria, que no es dado a todos, es necesario que sepáis que es una ley de la naturaleza para toda alma que deja este mundo: en el momento de abandonar su cuerpo con más impetuosidad que la flecha lanzada hacia el blanco, el alma se lanza hacia el seno de Dios. Si es rechazada por alguna imperfección, por alguna falta, por alguna fragilidad, lo mismo que si está separada por crímenes, que nunca conoceréis, conserva sin embargo durante toda la eternidad este atractivo, esa necesidad, ese vuelo ardiente hacia Dios.

Para las almas que siempre se verán privadas de Dios, su mayor dolor es querer lanzarse hacia El y no poder poseerle; pero ya comprendéis lo feliz y rápido de este vuelo para el alma que amó a Dios en la tierra. Si os hablo así, es porque aun en este mundo depende de vosotras que vuestra alma vuele siempre hacia Dios, que siempre, en todo momento, en vuestros empleos, en la clase, en el refectorio, en la cocina, vuestra alma se eche a volar hacia el santo pesebre de Jesús, hacia el augustísimo Sacramento, donde le encontraréis a El, que se hizo por vosotras niño pequeño; de modo que en medio de vuestras ocupaciones no pasen muchos instantes sin que vayáis a renovaros e inflamaros de amor a los pies de Jesucristo.

La vocación nuestra es buscar siempre a Nuestro Señor, vivir de las verdades de Nuestro Señor, que nuestra base en todo, sea Nuestro Señor. Cuando trabajamos, que nuestro trabajo sea para El, que le busquemos constantemente y que nunca se trate de nosotras, que sea El quien se dé a conocer. Pedidle esta gracia, en esta sagrada vigilia, en que vendréis a renovar vuestros votos a los pies del pesebre.

Es una gracia muy grande la renovación de los votos. Saldréis, después de hacerlos, más obedientes, más amantes de la perfección, de la castidad, que no es otra cosa, sino el amor perfecto; seréis también más pobres, más desprendidas de vosotras mismas, más humildes ante Nuestro Señor Jesucristo, que escogió el último lugar sobre la tierra; tendréis más dulzura, porque Jesús nos enseña que El es *"manso y humilde de corazón"*; seréis más alegres, porque la pobreza comunica alegría y también porque el Nacimiento de Jesucristo es la fuente de mayor alegría que puede encontrar un corazón cristiano.

Hoy es Nochebuena. Alegría y Nochebuena, es una misma cosa. Nuestros antepasados lo comprendieron bien. *"¡Nochebuena, Nochebuena!"*, era el clamor de alegría y de triunfo. Y así es, en efecto, ¿puede haber alegría mayor que ver descender a Nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra? ¿El que nos pertenece y es todo nuestro?

No olvidéis, en medio de estos pensamientos de alegría, un pensamiento que es doloroso, pero debe recordarse, porque después de haberse hoy dado Jesucristo al mundo de este modo, después que el Hijo de Dios ha bajado del cielo, todavía existan hombres que han trabajado y trabajan incesantemente, para persuadir a los demás, que Jesucristo no es Dios, que no es el Hijo del Eterno, la segunda persona de la Santísima Trinidad, que cuanto creemos está desprovisto de verdad y que nada nos ha venido del cielo. Pensad, ¡qué desgracia es para las almas y qué gran pena para Nuestro Señor Jesucristo! Es el trabajo de la antigua serpiente, cuya cabeza aplastó María con su pie

virginal, pero que mueve la cola para herir a las almas y arrastrarlas con él hacia el abismo eterno.

Al mismo tiempo que os alegráis, pensad también en los que no conocen las alegrías de esta santa noche en que se nos da el Salvador; en los que desvían de Él los pensamientos y los corazones con malas artes.

Rezad mucho por la conversión de este país;
por el triunfo de la Iglesia, que difundiría la alegría en todas partes, enseñando el conocimiento de Dios y de su amor.

Cuando se sabe quién es Dios y cuánto nos amó;
cuando se sabe, que es todo misericordia, para con sus pobres criaturas, que debemos darle nuestra confianza y nuestra fe, no abusando nunca de sus gracias y que mediante todo esto, nos prepara su cielo ¿qué corazón habría tan endurecido, que no se rinda ante estas seguridades, que quiere dar la Iglesia a sus hijos y que es el origen de la verdadera alegría? Y es esto precisamente lo que el demonio quiere destruir por la incredulidad.

Por estas razones, es necesario pedir por el triunfo de la Iglesia, por la vuelta de las almas equivocadas y alejadas de Dios, y alegrarnos de la dichosa parte que nos ha sido dada, al estar separados de todo error, de toda mentira, de toda ocasión de pecado, para unirnos a Aquél hacia quien nuestra alma debe volar con amor y que debe hacer en la tierra nuestra felicidad y nuestra alegría en el cielo, por toda la eternidad y a cambio de su Nacimiento de hoy en el pesebre, nos prepara el "*Natale sanctorum*".